

En la Academia de Ciencias Morales y Políticas acompañó a D. Eduardo Dato disertando sobre Justicia Social; a Rafael Altamira sobre primera enseñanza; a Fermín Calbetón sobre doctrinas sociales; a D. Eduardo Echegaray; a José Manuel Pedregal, sobre la prerrogativa regia y la reforma constitucional; su propio discurso trató de La Instrucción Pública.

En su tercera Academia, la de Ciencias Exactas Físicas y Naturales se fajó –nada menos que– con un José María Torroja y Miret que disertaba sobre Fotogrametría terrestre y aérea; o con Juan Manuel de Zafra y Esteban que trataba sobre los progresos de la construcción y la mecánica aplicada; también con José Muñoz del Castillo que divulgaba algo tan novedoso como la química de los cuerpos simples.

Se ha especulado acerca de si los talentos naturales de Amós Salvador fueron cultivados en el seno de su muy culta familia o sobre los indicios de su origen judaico y todos los lugares comunes inherentes a ello. Hablo de la receptividad para la música y la cultura en general. El nombre Amós es de profeta hebreo y Salvador figura en el catálogo de apellidos judaizantes. Bernanos, en sus notas para su obra “Les grands cimetières sous la lune” donde se atrevió a desvelar los orígenes judíos de Francisco Franco, incluía a la familia riojana de los Salvador entre “los escasos Elegidos”.

En el mercado del libro de ocasión circuló hace unos años un libro –obviamente de la biblioteca de Amós– de Julio Domingo Bazán titulado “Los hebreos” y que llevaba una dedicatoria del autor, según recuerdo, “al insigne Don Amós Salvador por su directa vinculación al tema de mi estudio”.

La universalidad cultural de Amós Salvador es apabullante. Disertaba o escribía sobre pantanos, huelgas, estrategia militar, conservación de monumentos, política hidráulica, sobre la lectura, el catastro ó la autonomía universitaria.

Y en su feudo de divulgación de la cultura pluridisciplinar fue absoluto pionero al disertar sobre temas tan novedosos como “el cinematógrafo y otros espectáculos que se le asocian” en 1916; “el carácter que las escuadras submarinas y las flotas aéreas habrán de imprimir a las futuras guerras” publicado en el Memorial de Ingenieros (militares, se entiende) en 1913. Y no podría dejar de mencionar un tema claramente premonitorio: “La enseñanza forzosamente en castellano”.

A todo este torrente de aportaciones culturales que tanto contribuyeron a mi fascinación por el personaje debo añadir un hecho afortunado; en los años

90 compré a uno de mis proveedores habituales del Rastro un lote de cristales estereoscópicos y la correspondiente cámara. Procedía todo ello de vaciar un piso en la calle de Velázquez de Madrid donde vivía Manuel Salvador descendiente de Amós. Hecho el correspondiente estudio resultó que el autor de las aproximadamente trescientas transparencias era el propio Amós. Y allí había de todo: fotos románticas de bellas señoras en Biarritz, escenas de trilla tomadas en viajes electorales o esplendidas fotos de la foz de Lumbier con las orejas de las mulas en primer plano. Y fotos de toros. Le debo a esta amable audiencia una pequeña muestra para que juzgue por sí mismo al aficionado –fotógrafo que fue Amós Salvador–.

El hallazgo fue tan importante que dio pie a una exposición titulada “Amós Salvador y su tiempo” en la sala del mismo nombre en Logroño y que fue nave de tabacos de Tabacalera. Ya no existe Tabacalera, ni Altadis su sucesora, pero sí el espacio cultural que se ha salvado de los vaivenes de fusiones y absorciones y el catálogo que da fe de la exposición.

Creo que el toro de la justificación de Amós Salvador como eje de esta conferencia ha sido suficientemente puesto en suerte. Es momento –pues– de abordar ya el escrito fundamental de su bien ganada forma de tratadista taurino.

Como bien saben los amables oyentes, entre la miriada de libros taurinos de los siglos 18 y 19 destacan el trío de tauromaquias: de Pepe Hillo en 1796 con su Tauromaquia o Arte de Torear, la de Francisco Montes en 1836 (Tauromaquia completa o Arte de Torear) y la Tauromaquia o Arte de Torear dirigida por Rafael Guerra “Guerrita” en 1896. Las “paternidades” de las tres se atribuyen a José de la Tixera, a Santos López Pelegrin y al colectivo de Leopoldo Vázquez, Luis Gandullo y Leopoldo López de Saa. Pero las tres obras de tres matadores se subtitulan ARTE de TOREAR. Aún cabría mencionar la emblemática conferencia de Domingo Ortega en el Ateneo de Madrid que tituló “El Arte del Toreo”. Con enorme honestidad Amós Salvador titula su tratado “Teoría del Toreo” porque se trata de una preceptiva técnico filosófica no basada en la experiencia propia, sino en la observación y en la re-interpretación de lo ya publicado por otros.

Darí cualquier cosa por saber si Don Amós se puso alguna vez delante de una becerra brava o no porque ello me permitiría lucubrar acerca de sus motivaciones. Más bien pienso que nunca tuvo tiempo ni la oportunidad. Si hubiera toreado, aunque mal, se le notaría en el texto.

En las apostillas a la Teoría del Toreo que le hace el Duque de Veragua y de las que se hablará con más detalle más adelante, le coloca un auténtico “par de castigo” Don Cristóbal Colón y de la Cerda. Muy fino y tratándole de usted al uso de la época le recuerda que “llevo sesenta años viendo corridas y presenciando las faenas de campo, en las cuales es preciso torear a caballo y a pie; he tomado parte personal en ellas cuando mi edad me estimulaba a estos ejercicios y mi afición me ha llevado a procurar perfeccionarme en su práctica bajo la dirección de un buen torero que se llamó Antonio López Calderón (capita), y que sirvió de maestro a Cayetano Sanz”. O sea, en román paladino: mi querido Don Amós: yo he toreado y usted no.

¿Tan bueno era el texto de la tan festejada “Teoría del Toreo”? Era diferente a lo que se había publicado hasta entonces. El lenguaje es técnico, geométrico y culto a la vieja usanza. Propio de un tratado escrito por un aficionado ingeniero y académico.

Entre las gentes del toro que he conocido en todos estos años recuerdo con especial cariño a Antonio Mingorance Corona, alias “Antonio Corona”, a la sazón buen banderillero en la cuadrilla de César Girón.

Permítanme que les confiese que una parte del conocimiento que haya podido adquirir sobre el intríngulis del toreo se lo debo al trato –siempre estimulante– con los subalternos.

*Si ustedes me disculpan, me apartaré un minuto del tema principal para hacer una finta sobre un nuevo lenguaje taurino. Se trata del que usan los toreros entrevistados en el callejón por las televisiones después de matar (mal) al toro. El nuevo lenguaje es un galimatías que sirve para disculpar la mala actuación del matador a base de frases como: “mira que he intentado salvarlo para meterlo en el canasto y no ha habido forma” o “el toro se distraía hasta con las moscas”. Si hubiera habido televisión en época de Guerrita, dudo mucho que hubiera incurrido en frivolidades verbales como estas. Vuelvo al eje de la charla.*

Vaya desde aquí mi recuerdo a Alfredo Fauró, Antonio Checa, Julio Pérez “Vito”, Ángel Majano y el Boni entre otros muchos.

Pues bien, Antonio Corona me decía que el lenguaje de los aficionados (aunque sean veteranos) es completamente distinto del que usan los toreros entre ellos. Solo admitía una excepción entre “los civiles”: “el gordo Berdegué” librero anticuario de prestigio en la calle de Cedaceros de Madrid. Según Corona, Antonio